

CAPITULO IV

EL PRINCIPIO DEL AMOR UNIVERSAL

I. Empédocles.—II. Sus doctrinas metafísicas sobre el amor.

I

Las doctrinas pitagóricas, unidas á las de los eleáticos, se reproducen, bajo una forma menos abstracta, en Empédocles. Este último (verso 470) parece haber tenido relación con los filósofos dispersos de la liga pitagórica. Hizo el viaje á Atenas. No estando estos escritos encerrados en el recinto de una sociedad secreta, fueron conocidos con bastante rapidez en la ciudad. El *Fedro*, de Platón, contiene muchas alusiones á Empédocles, y el *Banquete* reproduce su teoría del amor en la naturaleza.

Esta unidad primitiva de los pitagóricos, esencia del número y de la armonía, la reemplaza Empédocles por un principio más viviente, pero análogo: el amor. El mundo que Empédocles intenta construir, trae su origen de un período primitivo, que es el imperio absoluto del amor. El carácter de este período es la unidad; todos los elementos se confunden, todos los contrarios se identifican. Uno, uniforme, armonioso y bienaventurado, el dios esférico ó *Spherus*, repo-

sa inmóvil en sí mismo, sin distinción de partes, sin división, sin pluralidad actual, como lo-uno múltiple, como el par-impar de los pitagóricos. Este dios está dominado por el *soberano de la felicidad y de la inocencia*, el Amor, con el cual forma una sola cosa. Pero, en el tiempo prescrito por la Necesidad, la acción de la *Enemistad* comienza penetrando por grados en el interior del *Spherus*, «agitando los miembros del dios uno tras otro», separando las diversas partes, introduciendo en las cosas la diferencia y la multiplicidad. «Si no hubiese enemistad en las cosas, todo sería uno.» *Todo viene, pues, de la enemistad, excepto Dios*, que es el Amor. Este es el mismo germen primitivo de los pitagóricos, unidad confusa en la cual, sin embargo, existe *en potencia* la diversidad, el número. El Cosmos es producido por la lucha de las cosas; de aquí deriva su movimiento; por lo que toca á las leyes ordenadas y constantes de este movimiento, son la parte del amor en las cosas. Al reino de la absoluta unidad, en la cual domina el amor, pero que contiene el germen de la discordia, sucede, de consiguiente, el reino de la multiplicidad, en la cual el amor y la discordia se contrarían y se disputan el imperio. Entonces aparecen los cuatro elementos (fuego, tierra, agua, éter), que Empédocles reduce luego á dos: el fuego, correspondiente al amor, y las cosas terrestres, correspondientes á la discordia. El mundo no pasa de ser un mecanismo por el cual sale á luz lo que primeramente estaba oculto y oscurecido; nada nace, nada muere. Esta es una concepción análoga á la de Anaxágoras; pero en la cual el acto del pensamiento, *recorriendo el mundo*, es una mezcla de amor y de discordia.

II

Al amor corresponde en nosotros la razón; á la discordia los sentidos. Nuestro conocimiento es necesariamente imperfecto, á causa de la enemistad que se mezcla á él. Puede, verdad es, conocer todos los elementos del Todo, los elementos por los elementos, el agua por el agua, la tierra por la tierra, el odio por el odio, el amor por el amor; pero jamás puede conocer el amor en su perfecta unidad, en la cual, no obstante, consiste la verdad pura. La verdadera unidad de las cosas sólo es visible para sí misma; está reservada al conocimiento divino. «Nadie ha visto el amor en la universalidad de las cosas; no, ningún mortal.» Nuestro conocimiento es discursivo como el mundo mismo. «Te anuncio dos cosas: tan pronto se eleva todo de la pluralidad á lo uno, como pasa de lo uno á lo múltiple.» Principio al cual parece aludir Platón en el *Filebo*.

El progreso consiste en volver hacia la unidad, sea por el conocimiento, sea por la acción. El tránsito continuo de una forma á otra, de una existencia á otra por la metempsícosis, es la desdichada condición de los mortales; porque la especie mortal proviene de la discordia y de los gemidos. El único medio de salir de este destierro sin fin consiste en la purificación de todo odio, en un abandono sin reservas al amor vivificante, sobre todo, á no derramar la sangre de ningún ser animado, criatura del amor, y abstenerse de todo alimento impuro. Somos padres de todas las cosas por la naturaleza, aunque no reconozcamos esta paternidad á causa de las transformaciones que la discordia ha

producido. Todo en el mundo proviene de la naturaleza demoníaca y espiritual. Los demonios circulan por todas partes, *caídos del cielo*. Empédocles se llamaba á sí mismo un demonio ó un dios. Estos demonios son los medianeros entre el cielo y la tierra; son los lazos del gran Todo, y desempeñan, por consiguiente, un papel análogo al del amor que *enlaza*; son los ministros del amor. El discurso de Diótimo en el *Banquete*, está fuertemente impregnado de las ideas místicas de Empédocles. Las dos Venus de que habla Platón recuerdan las mismas Ideas: «No es Júpiter el que reina, ni el Tiempo, ni Neptuno, sino Venus.»

En resumen: el sistema de Empédocles, del cual toma bastante Platón, es un pitagorismo físico y místico, menos abstracto que el primero, y en el cual la unidad se convierte en *amor*, la multiplicidad en *discordia*. Todo procede de la unidad primitiva y se esfuerza por volver á ella. El dios de Empédocles es un germen que se desarrolla, el *Sphærus*, cuyos miembros son los diversos seres; amor inmanente, providencia inmanente, divinidad panteística que no se afirma fuera del mundo como el Bien consciente, como la Idea. El *Sphærus* de Empédocles será para Platón el dios engendrado, no el Dios eterno.
